

A CUERDOS pequeños, esbozos de acuerdos grandes, principios de otros acuerdos: la visita de Nixon a Moscú florece de este material espectacular y llamativo. Termina el miércoles —después de estar escritas estas líneas— seguramente con un comunicado expresivo. No todo estará en el comunicado. Es seguro que algunos de los grandes términos, como el de Oriente Medio, el equilibrio de armamentos, la reducción de gastos nucleares, habrán sido desmenuzados. Hubo acusaciones contra Kissinger en Washington que decían que durante los contactos preparatorios para esta reunión se había llegado a acuerdos «secretos», y Kissinger se apresuró a desmentirlo. Es seguro, sin embargo, que hay una diplomacia secreta entre Estados Unidos y la URSS por lo menos desde 1963, y hay bastantes probabilidades de que en esta entrevista Nixon-Brejnev se haya revisado todo ese expediente y se haya nutrido con algo más. En Ottawa, y luego en Bruselas —la etapa de Nixon anterior a Moscú—, los dirigentes de la OTAN han recibido seguridades de Nixon de que no llevaría sus relaciones con Moscú demasiado lejos en el sentido de olvidar los intereses de sus aliados. No habrá nada, por lo tanto, en los comunicados públicos que contradiga esas promesas.

Hay que dar como básico en este viaje el problema personal de Nixon y su necesidad de reconquistar el apoyo público de su opinión. Ya cuando Nixon fue a Moscú en 1972 se le acusó de oportunista y de hacer su campaña electoral en la URSS. En efecto, mientras su desdichado, humillado y espiado rival McGovern prometía un horizonte de paz cuando él fuese presidente, Nixon, desde el poder, remendaba el gran roto con China y sellaba la coexistencia en la URSS. Ahora que se formaliza el expediente de Watergate y los lentos pero seguros plazos de la justicia y el Senado se van cumpliendo, Nixon querría enfrentar a sus perseguidores con el hecho de que es un presidente popular. No lo es, sin duda, y su popularidad comenzó a desgastarse poco después de su llegada al poder, y sobre todo a raíz de su reconquista de la Casa Blanca, de los bombardeos de Hanoi y del descubrimiento de la amplísima serie de asuntos dudosos —dudosos hasta que los aclare la justicia que los tiene en sus manos—, llamados con el nombre genérico de Watergate; sólo el camino inverso, el camino recomendado por Kissinger, en la de la retirada de tropas de Indochina, la recuperación de la amistad con China y el entendimiento global con la URSS ha ido rehaciendo en la gente la imagen de que es más útil un presidente en entredicho que uno en pleno vigor y soberbia (por lo menos tratándose de Nixon), y este juego de viajes —Oriente Medio, Europa, URSS— está articulado con la velocidad y la espectacularidad necesarias para añadir algo a esa imagen.



Nixon, a su llegada al aeropuerto de Moscú. Junto a él, Brejnev, y a la derecha, en segundo término, Gromyko y Kissinger.

NIXON EN MOSCÚ

Da la impresión de que es demasiado tarde. La extensión del mecanismo antinixoniano en Washington es tal que no parece que pueda pararse. En Moscú, los soviéticos han venido a declarar, más o menos, que la importancia de esta entrevista no está en sus interlocutores, en Brejnev o en Nixon, sino que sobrepasa lo individual, lo personal, y se refiere a un conjunto de relaciones entre los dos países, de nación a nación. Es una forma de saltar por encima del entredicho de Nixon, y también de decir que los acuerdos que pudieran obtenerse no eran con un hombre que puede saltar de su cargo en un par de meses, sino con un país. Casi a la misma hora, Joseph Luns, secretario general de la OTAN, declaraba que la carta firmada en Bruselas era «irreversible»: es decir, que no dependía tampoco de la personal urgencia de Nixon, sino de algo por encima. Ya sabemos que en la realidad no hay nada irreversible, y que si los acuerdos de la guerra y la posguerra inmediata con la URSS se hubiesen cumplido en todos sus extremos, la OTAN no hubiese sido necesaria, y que la misma OTAN, de haber seguido enteramente sus textos fundacionales, no necesitaría ahora ningún reverdecimiento. Todo es reversible en política. No lo es tanto en ciertos mecanismos

de la vida o de la historia. El hecho de que Nixon, para ser popular o para conquistar un apoyo de la opinión, necesite acudir a fórmulas de paz y entendimiento, demuestra qué sentido tiene esa opinión. Quizá puede ser interesante un día describir el peso de la opinión pública en el mundo político que va desde la posguerra de 1945 a nuestros días, y cómo a pesar de haberse roto o torcido deliberadamente toda la canalización de expresiones democráticas esta opinión pública

Juan Aldebarán

se ha ido formalizando y presionando hasta hacer imposible la guerra. No se suele ver porque la historia —la del pasado y la de cada día— se escribe siempre desde los aledaños del poder, o de las fuentes de información emanadas por el poder, y hasta se fascina por él. Se dice, por ejemplo, que Kennedy, al sustituir al tándem Eisenhower-Nixon, cambió el rumbo de la política de los Estados Unidos, en el sentido de la coexistencia que sus antecesores negaba, y no suele verse que el rumbo lo cambió la opinión pública —y no sólo en

Estados Unidos—, y que Kennedy fue un fruto, una consecuencia de ese cambio (o de una presión que no había cesado nunca a pesar de la política de guerra fría), y que por ello y para ello fue elegido frente a quien representaba lo contrario.

El hecho de que Nixon tenga que volar con ese viento de la opinión más abundante de su país no parece negativo. Naturalmente que mejor sería un presidente que conectase voluntariamente con esa opinión que no uno del que puede sospecharse, según las acusaciones de que es objeto, que lleve un as escondido en la manga y sea capaz de dar la vuelta a todo en un momento dado.

La importancia de sus viajes sobrepasa, sin duda, a lo puramente coyuntural. La que pueda tener éste de Moscú y su alcance no puede medirse todavía en esta fecha: hay que esperar el texto del comunicado final, los textos de los acuerdos y la infiltración de algunas otras informaciones que nos permitan fijar un poco mejor cuál es su alcance. Con o sin entredicho, Nixon es el Presidente de los Estados Unidos, y las entrevistas de éstos con los altos gobernantes de Moscú son tan raras —esta es la sexta desde 1959; la tercera que tiene como protagonista Nixon— que no se puede disminuir su importancia.